

Monográficos en defensa de la racionalidad

EL CAMBIO II

Dedicado a todos mis amigos inmovilistas que creen que nada cambia

La Tierra se mueve

Y el Sol también; y todos los cuerpos celestes



El universo se mueve continuamente y, de igual forma, cambia al ritmo de su movimiento; nunca es el mismo; siempre es diferente; crece y decrece sin cesar a un ritmo diabólico e incomprensible.

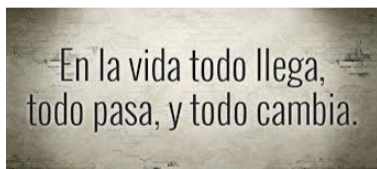
A Galileo lo hizo la Iglesia (la reina del inmovilismo) retractarse públicamente por declarar que la Tierra estaba en movimiento. Lo obligó a decir públicamente que la Tierra estaba siempre quieta. Tras abjurar siguió diciendo en privado, y pensando, naturalmente "y sin embargo se mueve".

¿Qué le vamos a hacer? Son las cosas de las creencias ciegas: niegan la razón y ofenden el entendimiento y el sentido común, pero son tan fuertes que suelen salir vencedoras en las controversias humanas. Algún día, tal vez ninguno de los ahora vivientes lo veamos, las cosas serán de otra manera y donde hoy reina la superstición, por fin se imponga la razón.



LA TECNOLOGÍA NO CESA DE CAMBIAR

Sin cambio no hay vida. La ausencia de cambio es la muerte. Todo cambia; en cada instante los seres humanos somos diferentes, nos vamos construyendo, poniendo ladrillos nuevos en nuestra arquitectura dúctil y maleable. Cada segundo nos modifica; cada decisión nos lleva a ser distintos, aunque permanezca la sustancia subyacente de nuestra personalidad. Eso, físicamente es fácil de apreciar, pero también lo es en el terreno psicológico y espiritual. Cada vez van importando menos cosas que fueron trascendentes para nosotros y van ganando peso otras en las que apenas apreciamos grandeza en otro tiempo. El mismo tiempo es vivido con distinta intensidad y pasa a diferente velocidad. El tiempo nos va creando en una sucesión de instantes que solo acaba con el final. Decía Pío Baroja que "todas las horas hieren y la última mata". Somos cambio y destrucción previamente construida; una extraña paradoja, un desatino que, a pesar de todo, nos empeñamos en continuar sin descanso, a lo largo de los siglos y de las generaciones. Porque, a pesar de todos los imposibles categóricos, lo cierto es que esta lucha permanente y sin horizontes, merece la pena.



Y si no cambia es peor, porque eso significa que ha dejado de estar vivo. Todo lo que cesa de moverse, desaparece, y pasa a la inmovilidad definitiva. Porque en la vida solo cabe el movimiento, el proceso, la transformación. Y de cambio en cambio nos vamos haciendo continuamente diferentes, aun siendo sustancialmente lo mismo. Para el inmovilista el cambio no existe, el progreso es regreso y la verdad se quedó anquilosada en la prehistoria. En las cavernas siguen atrapados.

El agua que el río transporta

nunca es la misma, siempre es distinta, nueva, diferente. El río es una novedad permanente, aunque parezca siempre el mismo. El río se aleja sin descanso en busca de su inevitable desaparición. Ya Jorge Manrique lo usó como metáfora de nuestra propia existencia: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir..."



La sociedad también es dinámica. Cambian los usos y costumbres; cambian los valores; llegan modas y desaparecen otras, en todos los terrenos, en todos los niveles. Desde lo más profundo (ideales) a lo más superficial (indumentaria). nadie se resiste al imperativo del cambio permanente.



Porque no es que todo cambie, es que somos cambio: los seres humanos, por supuesto, pero también los seres microscópicos (virus y bacterias) y los más gigantes (las montañas, los mares y el universo).

Como nos enseñó Heráclito, debemos repetimos continuamente aquello de que "Todo fluye, nada permanece"